

Homilía para la Vigilia Pascual 2024

El amor de Dios en el corazón de la historia

La larga serie de lecturas que acabamos de escuchar nos ha ofrecido una rápida panorámica de toda la historia de la salvación. En el origen y en el corazón de esta historia, así como en su conclusión, está el amor gratuito de Dios. Por amor creó el universo; por amor acompañó al hombre a lo largo de su historia. Por amor se encarnó, murió y resucitó.

Por desgracia, en los últimos siglos la humanidad ha desarrollado una visión antropocéntrica de la historia, una visión que sitúa al hombre en el centro de la historia y lo considera dueño y señor de todo el cosmos. Esta visión es común a cierta forma de teología cristiana y a cierto pensamiento laico que, siendo postcristiano, hunde sus raíces -a veces sin darse cuenta- en este planteamiento cristiano de cierta época. Una determinada teología de la historia de la salvación situaba al hombre -y más concretamente al hombre pecador- en el centro de esta historia. Tanto es así que los teólogos escolásticos se plantearon la pregunta académica: "Si el hombre no hubiera pecado, ¿se habría encarnado Dios?"

Esta visión de la humanidad condujo a la explotación de la naturaleza, a la conquista de nuevas tierras y, por tanto, a la explotación de otros pueblos. Ha llevado a la explotación de la tierra, del agua, del viento, de todos los elementos que salen de las entrañas de la Madre Tierra, y a la modificación de estos elementos. Y los gigantescos problemas ecológicos actuales son el resultado final de la ruptura de la armonía entre los individuos y los pueblos, fruto de este enfoque antropocéntrico.

La gran visión que hemos visto en la larga lista de lecturas que acabamos de escuchar es muy diferente. Su núcleo es el amor de Dios. El autor del Génesis nos ofrece una descripción grandiosa de la creación, que se realiza por etapas, cada una descrita como un día, pero un día que puede haber durado millones de años. Y al final de cada etapa Dios vio que era bueno. Se trata esencialmente de un proceso de diferenciación: la luz se separa de las tinieblas, el agua de la tierra, el hombre de la mujer. De la tierra y el agua surge una variedad de plantas y seres vivos. Toda esta variedad y diversidad se considera un gran tesoro.

El hombre es sólo una de estas criaturas, que aparece mucho después que todas las demás; pero ha sido creado a imagen de Dios, en el sentido de que está dotado de conocimiento y conciencia. Por tanto, puede experimentar conscientemente la relación de amor que Dios

mantiene con todo el cosmos. Las lecturas siguientes narran la historia de la relación de amor entre el hombre y su creador. El hombre no siempre estará a la altura de esta relación, pero lo que está en el centro de esta historia no es su pecado, sino el amor fiel de Dios.

Abraham ve esta relación como un pacto y una promesa. Los profetas la describen como la relación amorosa entre una mujer y su marido, y aseguran al hombre que, incluso cuando es infiel, Dios permanece fiel. Y a lo largo de esta relación, a veces accidentada, Dios comunica su Sabiduría al hombre.

La encarnación de Dios es el resultado "normal" de esta relación. Al elegir nacer de una mujer, crecer, morir y llevar a su eternidad la humanidad que ha asumido, Dios muestra lo que el ser humano está destinado a ser en su plan de amor.

Por último, el ser humano está efectivamente en el centro de esta historia, pero no como alguien a quien se ha dado el poder sobre toda la creación, ni siquiera como aquel que condicionaría toda la historia movilizand o medios extremos para salvarlo de la situación desastrosa en la que se ha colocado; sino más bien como aquel en quien el amor de Dios por todas sus criaturas se manifiesta de manera particularmente deslumbrante.

La fe en el ser humano -que es muy distinta del enfoque antropocéntrico del universo del que hablaba al principio- no es posible sin la fe en el amor de Dios que da sentido a la existencia humana. Y este sentido de la existencia humana se revela en todo su esplendor en la resurrección del Hijo del Hombre.

Armand VEILLEUX